

1. El Poder Preservador

E. J. Waggoner

Un poder que es capaz de salvar también es capaz de preservar. El apóstol habla de los creyentes como aquellos «que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación». (1 Pedro 1:5). La fe que no reclama el poder de Dios en la tensión diaria del pecado no es una fe salvadora. Cada vez que caemos en pecado, es porque en ese momento nuestra fe ha soltado al Señor, y no estamos creyendo en Él.

Porque «todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios» —todo aquel que *está creyendo*. No es algo que se logra una vez para siempre, sino un proceso continuo, si tan solo fuéramos constantes en creer. Y mientras se cree, el poder de Dios preserva. Porque leemos: «Sabemos que todo aquel que es nacido de Dios no practica el pecado; sino que Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca». (1 Juan 5:18, R.V.).

Es una verdad bendita que aquel que está creyendo está resguardado por los brazos del Señor, y el maligno no puede tocarlo. Hay un refugio, un cobijo de la tormenta. ¡Oh, que aprendiéramos a permanecer en el amparo!; porque sabemos muy bien por amarga experiencia que no tenemos el poder de preservarnos a nosotros mismos, *ni por un solo momento*.

En un mundo de pecado y maldad, el que cree está siendo guardado de la iniquidad que le rodea, que incluso está en su propia carne lista para abalanzarse sobre él. Cuando los tres cautivos hebreos fueron arrojados al horno de fuego, el fuego no tuvo poder sobre sus cuerpos, «ni un cabello de su cabeza se había quemado, ni sus ropas se habían alterado, ni el olor a fuego había pasado por ellos». Había con ellos en el horno Uno que había dicho: «Yo estaré contigo», y «cuando pases por el fuego, no te quemarás».

Él es quien está comprometido a preservar al creyente en medio del fuego consumidor del pecado. No podemos soportarlo solos; siempre caemos, y los dardos de fuego golpean el alma. La oración de David debe ser nuestra continuamente: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto [margen] dentro de mí». Gracias a Dios, cuando nuestra fe no le ha mantenido firme, y descubrimos que el enemigo nos ha encontrado y tocado, todavía existe la promesa que sigue a la exhortación: «no pequéis». «Y si alguno hubiere pecado,

abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo». Él nos desata y nos libera de nuevo. Pero nos libera para que nos aferremos firmemente a Él con una fe más sólida. En la amargura del pecado se nos enseña nuestra propia debilidad e inutilidad, y en la dulzura de Su perdón se nos enseña Su poder para salvar.

PT, May 3, 1894